

gético, refigurar, resemantizar, reabsorción, explicitar, transfondo, entramado, metanarrativo, analéptico...

Amén.

ÓSCAR TORRES DUQUE

“En el complejo desorden de este fin de este fin de siglo”

Es tarde para el hombre

William Ospina

Grupo Editorial Norma,
Santafé de Bogotá, 1994, 134 págs.

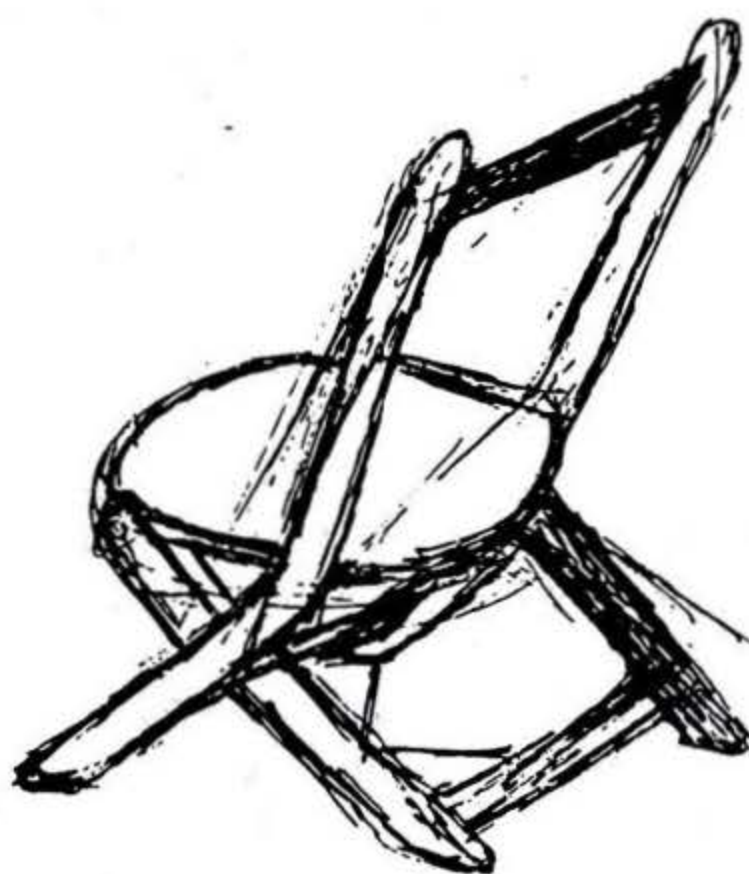
La tarea del ensayista se basa en dilucidar un tema de tal manera que el lector satisfaga sus interrogantes, y sus ansias colmadas le permitan deslizarse, bien hacia otro texto en el sentido barthiano, bien hacia nuevos horizontes con las herramientas dadas. William Ospina, poeta y traductor excelso, logra cabalmente en sus ensayos titulados *Es tarde para el hombre* cumplir con la tarea de ensayista, en este sentido.

Esta serie de ensayos, explica Ospina en la introducción, nació de la preocupación de Paul Valéry cuando anotaba que los dos peligros básicos que acechan al hombre son el orden y el desorden, y una idea lo recorre: la de que acaso el reinado del hombre ha llegado a su fin. La ciencia avanza, la cibernética nos consume, la publicidad nos amenaza y el papel del hombre como máxima creación, como ser supremo, se ha convertido, gracias a su arrogancia, en arma de doble filo. El respeto por otras criaturas se ha perdido, los dioses se han olvidado, los miedos se han agarrotado y el mundo manejado por inconscientes se desboca hacia un caos ya tangible.

Miles de veces nos hemos planteado, como el autor, al caminar por la calle de cualquier ciudad, bajo el sordo rumor de los aviones, entre el ruido atronador de las bocinas de los autos y las sirenas, hasta cuándo llegaremos y hacia dónde vamos. Y este miedo que-

do que nos acompaña en cada despertar de este furioso fin del milenio, agudiza día a día el interrogante. Los valores han quedado atrás, la generación de los yupies, modelo norteamericano, se basa en el dinero como único medio y fin, sus ansias nunca satisfechas, el tren de vida que se exigen, los objetos desechables, los autos veloces, los aviones supersónicos, creados por el hombre y para el hombre, han hecho de nosotros un instrumento antes que un ser. Un instrumento irrespetuoso, ajeno a su entorno, conflictivo y egoísta.

¿Qué significado poseen actualmente la ciencia, la medicina, la enfermedad, el dolor, los objetos, el amor o la pasión? ¿Dónde está el cielo, dónde los dioses, dónde lo divino y acaso lo humano? ¿Hasta cuándo el ser arrogante, creado a imagen y semejanza de los dioses, contaminará el agua que tendrá que beber y el aire que tendrá que respirar? ¿Hasta cuándo la muerte será pan cotidiano y el sexo pornografía?



Así, pues, el autor desglosa, interroga, plantea y logra estremecer al lector a través de sus ensayos. “Los románticos y el futuro”, el primero, que dio origen a los demás; “Las trampas del progreso”, “El canto de las sirenas”, “La mirada del hielo”, “El naufragio de metrópolis” y “Los deberes de América Latina”. Ospina, como poeta, hace de éstos una agradable y aterradora lectura; su vasta cultura permite al lector un espectro amplio; la escritura, sin pretensiones ampulosas o extrañas filosofías, guía al lector a través de este tortuoso fin del milenio, sacudiéndolo y poniendo sobre la mesa las verdades que de tan tangibles pretendemos olvidar.

No sería justo pasar sin detenerse en apartes del texto. Comencemos en la introducción, que reza así:

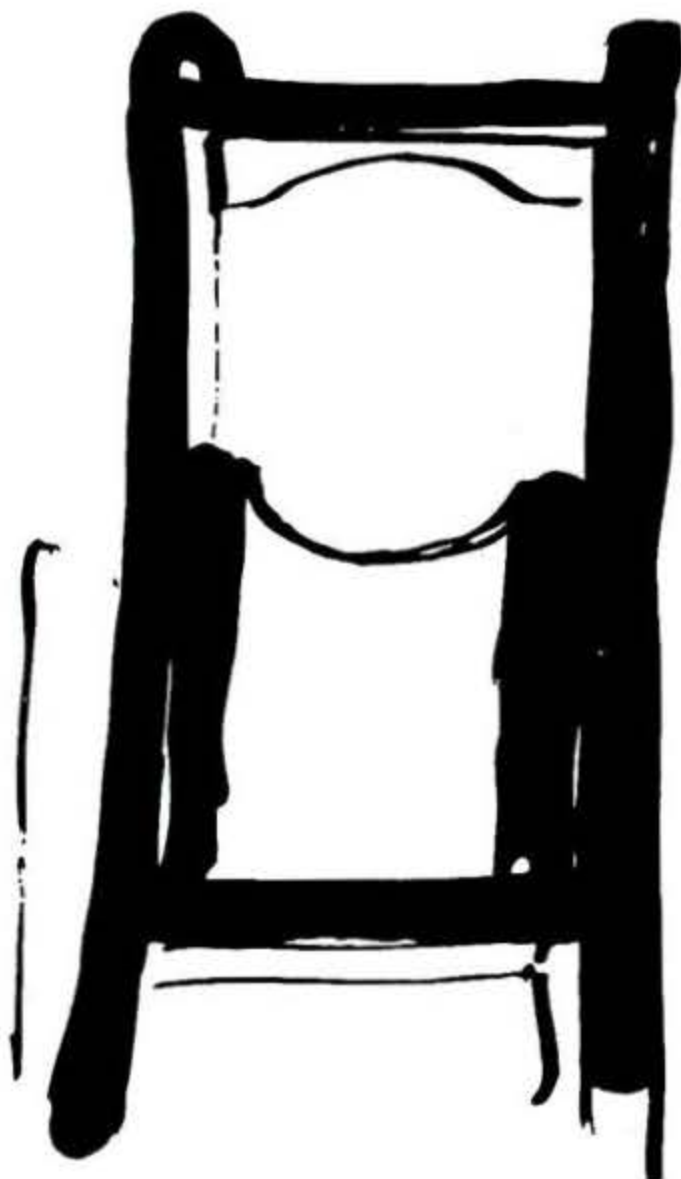
...Ese retorno a la percepción de lo divino del mundo bien puede ser lo que confusamente se insinúa en el complejo desorden de este fin de siglo. Tal vez en el poder terrible de la ciencia, en el influjo de la técnica, y en esa creciente hostilidad indiscriminada del hombre hacia el hombre que llamamos industria militar y terrorismo, se hace de manifiesto que la supremacía de lo humano ha perdido su justificación, que hay que buscar caminos por fuera de esa arrogancia ingenua, y que siendo algo mucho más grande de lo que ahora debemos salvar, es tarde para el hombre.

Ahora bien: dentro del escrito titulado “Los románticos y el futuro”, para Ospina estos seres encontraron la carne viva; disfrutaron del dolor, del miedo, del horror; vivían de verdad, por que tal vez buscaban significaciones y les llevaban ventaja a los significados. Sin embargo, el tiempo implacable nos arrastró con su progreso y sus cambios, nos hicieron pasar al otro lado del espejo, donde, como lo vaticinó la ciencia-ficción, los androides crecen en laboratorios, las máquinas reemplazan la mano de obra y la generación del desechable ha hecho del amor un objeto de consumo. Así, entonces, describe el autor el espejismo que nos cobija:

...Y es justamente así como la publicidad utiliza la belleza para sus fines. Los rostros y los cuerpos que nos ofrece son anzuelos. Cuando creemos morder la brillante sardina, comprendemos que no era más que la máscara del garfio puntiagudo y otra vez hemos caído en la trampa.

Novalis afirmó que “en ausencia de los dioses reinan los fantasmas”. En ninguna época de la historia humana hubo tal vez tantos fantasmas como en esta sociedad industrial empapelada de iconos, cuyas multitudes pasan

los días oyendo voces de vivos y muertos que son en realidad surcos de acetato y bandas magnetofónicas, deseando seres vivos que son en realidad manchas de tinta incapaces de satisfacer los deseos que suscitan...



Las ciudades, creadas como perfecciones, se han convertido también en trampas mortales, en abismos sin fondo. La metrópoli prometida es caldo de miseria, escenario de rupturas, espacio ajeno e incómodo. Y la ciencia avanza, el dolor se detecta al instante mediante aparatos, los trasplantes logran milagros, y sin embargo el médico ya no es ese humano caminando sobre el umbral de lo divino; es un ser atareado que descifra papeles extraños, no conoce al paciente, no le interesa, ni lo determina. La nostalgia es fácilmente calificable como problema hepático; el dolor de la ausencia, como síntoma cardíaco; y así el hombre se entierra poco a poco el arma que durante tanto tiempo pulió con esmero.

¿Es tarde para el hombre? ¿Es tarde para volver atrás, para mirar un atardecer, para evadir el cerco de insatisfacción del mundo desechable? Tal vez sí y tal vez no. Lo cierto es que cada día abrimos un nuevo agujero en la atmósfera, cada día matamos una especie en vía de extinción y cada día tenemos menos tiempo para querer más.

JIMENA MONTAÑA CUÉLLAR

Es tarde para la ingenuidad

Es tarde para el hombre

William Ospina

Grupo Editorial Norma,
Santafé de Bogotá, 1994, 134 págs.

The Titanic sails at daw...

Bob Dylan

Crisis de la Modernidad

A raíz, principalmente, del estruendoso fracaso del llamado "socialismo real", el mundo ha entrado en una dispareja etapa de regresión cuyos peligros y modos de discurrir apenas si estamos inventariando y tratando de comprender en la actualidad. El asunto trae visos de epidemia: por doquiera renacen conflictos que creíamos sepultados, son puestas en tela de juicio instituciones, maneras de convivir e ideas que tomábamos por firmes, y bajo el barullo una racha de pesimismo primario impone el tono. Nada anormal, dirá el escéptico, como que por primera vez en quinientos años la humanidad asiste al derrumbamiento masivo y planetario de una gran religión.

Los grandes fracasos suelen requerir grandes culpables, y el que mencionamos ofrece candidatos en profusión, entre ellos la propia Ilustración, sobre la que se cimentó hace algo más de dos siglos el hoy disputado concepto de 'modernidad'; en favor de dicha condena aboga el hecho de que en los recientes derrumbamientos se vio implicada cierta razón servil, aquella que se ocupaba de articular la teología del *Progreso* que nos habría de llevar al edén del comunismo, si bien es por lo menos aventurado decir que la crisis actual es consecuencia de la Ilustración *per se*. Por el contrario, sucedió que por entre los inflexibles límites de un racionalismo débil y esquemático, cuyo narcisismo decimonónico se negaba a considerar todo lo que no cupiera dentro de sus fronteras, se colaron de regreso las religiones o, más exactamente, formas secularizadas de religión que se basaban en afirmaciones irracionales: Dios es la Nación, Dios es el Capital,

Dios es el Proletariado, siendo ésta última la que naufragó a la manera de un gran Titanic, con miles de pasajeros "progresistas" a bordo.

Desde entonces se ha acelerado la consecuente estampida del humanismo hacia los botes salvavidas de lo irracional, al mismo tiempo que la supremacía, si no de la razón, sí del cálculo, sigue siendo absoluta en los campos de la teoría económica, la administración de negocios y las ciencias naturales y aplicadas. Una primera pregunta se cae entonces de su peso: ¿es acaso razonable volver a la ingenua fe en los sueños, en los ensalmos cabalísticos y en las invocaciones del horóscopo, dejando el campo de la razón libre a los fundamentalismos imperantes? Para algunos, entre quienes se destaca la prestigiosa pluma del poeta William Ospina, la sorprendente y contundente respuesta es sí.

El punto fuerte de *Es tarde para el hombre*, reciente libro de ensayos en el que Ospina explora el problema atrás esbozado, es su poderosa diatriba contra algunas de las manifestaciones más odiosas de la Modernidad, diatriba que llega, sin embargo, al extremo de afirmar que el fascismo es "una idea singularmente moderna". Pero no se detiene ahí: los ensayos de Ospina son contra la Modernidad en su totalidad, apocalíptico discurso ante el cual uno piensa cuán sencillo sería oponerle un elogio de similar elocuencia y desequilibrio, pero en el sentido contrario: vivan los analgésicos, vivan los antibióticos, viva la comprensión teórica del *Big-bang*, viva el viaje a la Luna, viva el análisis comparado, viva... la Modernidad.

Es un hecho indiscutible que en la actualidad resulta difícil disputarle al fundamentalismo del mercado el espacio inercial ocupado por sus huestes tras el naufragio del "socialismo real" —así denominado para diferenciarlo del teórico, cuyas reflexiones siguen siendo cruciales, de la misma manera como un asesino de ficción, o un asesino soñado, no tiene el mismo sentido que aquél que en la vida real penetra en nuestra casa y nos amenaza con una pistola—, lo que no quiere decir ni mucho menos que hayamos llegado a "la muerte del espíritu humano", como lo afirma